

"VIDA COMUNITARIA"

"Porque así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros tienen la misma función"¹

Estamos llamadas a vivir nuestra vida en comunidad en comunión con miembros de diferentes orígenes culturales y lingüísticos. Estamos agradecidas a Dios por su llamado a cumplir su misión. Dejamos a nuestros propios familiares y nuestro propio lugar para vivir con personas desconocidas. Es un gran reto. Sin embargo, encontramos alegría en esta vida porque nuestra vida comunitaria nos mantiene unidas y nos da un sentido de pertenencia. Aquí aprendemos a vivir y a amar. A menudo decimos que **"compartir es cuidar"** y, por lo tanto, como hermanas jóvenes, es sentirnos corresponsables con cada hermana de mantener vivo el espíritu de vida comunitaria en la forma en que vivimos los valores del Evangelio, contribuir a su bienestar y hacer un esfuerzo adicional en el servicio.



Como hermanas, nos necesitamos las unas a las otras. Juntas caminamos y logramos mucho para el reino de Dios. La vida comunitaria se puede comparar con un jarrón de diferentes variedades de flores. Cada flor individual agrega belleza a todo el bouquet.

En la medida que crecemos, somos conscientes de que no hay vida sin luchas. Hay altibajos, navegación sencilla y luchas, armonía y conflictos, felicidad y tristeza, éxitos y fracasos, caídas y levamiento, odio y amor, bien y mal. Todo esto es parte de la vida que nos ayuda a fortalecer nuestra vocación. Como hermanas y como cristianas, estamos llamadas a dejar de lado lo desagradable y apreciar la bondad de las demás.

Estamos llamadas a aceptar lo que nos pueda venir en el camino de nuestra vida y trascender lo que no es positivo y vivificante, y lo hacemos con confianza en Dios y en los demás miembros de la comunidad para que juntas vivamos lo que es esencial para ser y convertirnos en religiosas alegres. Nos damos cuenta de que cuando ponemos a Dios en primer lugar en nuestras vidas, se vuelve fácil superar todos los obstáculos y esto nos ayuda a dar testimonio al mundo del amor que tenemos las unas por las otras y de la vida que vivimos para el Señor.

¹ (Romanos 12:4.)

Como hermanas jóvenes experimentamos el amor, el cuidado y la preocupación de los miembros de nuestra comunidad. Aprendemos de las hermanas de la comunidad, sobre todo la unidad y la belleza de alabar al Señor como comunidad durante los tiempos de oración juntas. Esta es una experiencia increíble. La consideramos una bendición. Dios nos ha llamado a hacer una diferencia en este mundo. "***Estamos en el mundo, pero no somos del mundo***". Nos sentimos bien en la vida comunitaria a medida que crecemos en nuestro amor a Dios. También construimos nuestras relaciones. La presencia del Espíritu Santo nos guía a vivir fielmente en la comunidad. Dios nos invita a cada una de nosotras a vivir una vida de santidad y creemos que la vida religiosa en la comunidad es un don único de Dios.

Cuando nacimos, no elegimos a nuestros padres y familia, fue el plan de Dios. Dios ha tomado la iniciativa de llamarnos y nosotras hemos respondido a ello con generosidad y de buena gana. El llamado de Dios a la vida religiosa es algo asombroso y, en esta vida, podemos alcanzar la verdadera felicidad cuando somos fieles a nosotras mismas y a Dios.

Gracias

Hermanas Junioras del Norte de la India

² Juan 17:11, 14–15.